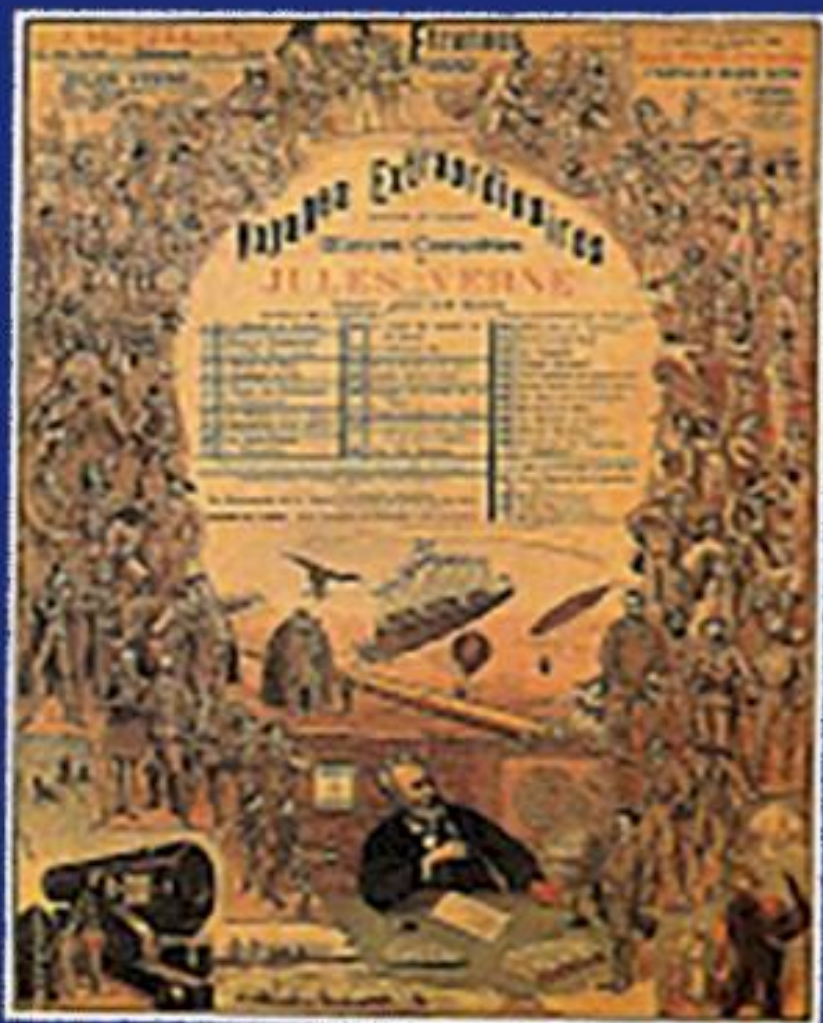


Julio Verne

El conde de Chanteleine



En 1793, la Convención Nacional de Francia decretó una leva masiva de 300 000 personas para hacer frente a las potencias extranjeras. Ante esta medida, muchos departamentos se amotinaron, siendo La Vendée el lugar que opuso mayor resistencia. El conde de Chanteleine, uno de los máximos jefes de esta sublevación de miles de campesinos, tras ser derrotado, decide refugiarse en un lejano poblado de pescadores. Pero al volver a casa, la noticia del ataque a su castillo lo hará reclamar venganza.

Capítulo I

Diez meses de guerra heroica

El 24 de febrero del año 1793, la Convención nacional francesa promulgó un apremiante decreto para llevar a efecto una quinta o leva de unos 300 000 soldados, a fin de rechazar la tremenda acometida de la formidable coalición extranjera de casi todas las potencias unidas de Europa y puestas en armas contra Francia.

El 10 de marzo, siguiente a la publicación de aquel decreto, debía celebrarse el sorteo de los mozos que habían de formar aquel ejército republicano de Francia, en la pequeña aldea de Saint-Florent situada en un rincón de la vieja provincia de Anjou, para prestar a la patria el contingente de soldados que correspondía a aquel pacífico y casi ignorado distrito.

Ni la más arbitraria llamada a filas, llevada a cabo por el fanatismo revolucionario, que dio por resultado la casi total emigración de los nobles y de los principales propietarios del país; ni la muerte que se había dado al rey Luis XVI, decapitándole en la guillotina después de haberle sometido a un acalorado proceso, que llenó de estupor a toda Europa, habían podido sublevar a los sencillos labriegos de aquella parte occidental de la nación francesa, casi ignorada del centro revolucionario del país; pero la dispersión de los curas y del clero, las sacrílegas violaciones y profanaciones de

sus iglesias, la invasión de párrocos juramentados, que habían sustituido a los antiguos curas en todas las parroquias del país, y finalmente aquella última medida tan violenta como vejatoria de la llamada a filas, que venía a arrancar a los hijos de los brazos de sus padres, y la más lozana juventud de la población entera, para llevarla a perecer a una guerra monstruosa y temeraria contra los ejércitos coligados de casi todas las naciones de Europa, colmaron la medida de su sufrimiento, y por doquiera exclamaron todos a una voz:

—¡Puesto que es preciso morir, muramos al menos en nuestras casas!

Furiosos y desesperados, los paisanos atacaron a garrotazos a los comisarios de la Convención, haciendo huir, después de derrotados, a los destacamentos de soldados reunidos para proteger las operaciones del sorteo.

En aquel día, comenzó la guerra de la Vendée. El núcleo del ejército católico y real se formó bajo la dirección del arriero Cathelineau y del guardabosque Stofflet.

El 14 de marzo, la pequeña partida armada que capitaneaban estos oscuros guerrilleros, se apoderó del castillo de Jallais, que defendían los soldados del regimiento n.º 84 y una sección de guardias nacionales de Charonnes, procedentes del departamento del Sena. Allí fue donde arrebataron a los defensores de la república francesa aquel primer cañón que se hizo célebre en el ejército católico-realista, y al que bautizaron los partidarios de la monarquía con el nombre de *El Misionero*.

—A este principio —dijo Cathelineau dirigiéndose a sus camaradas— es preciso que siga lo demás.

Lo demás fue aquella guerra terrible iniciada por este labriego y que puso en grande aprieto, en más de una ocasión, a las mejores tropas de la república.

Después del famoso golpe de mano del castillo de Jallais, los dos jefes vendeanos se apoderaron de Chollet, ciudad situada en el departamento de Maine y Loira, e hicie-

ron cartuchos de fusil con la pólvora de los cañones republicanos que encontraron en aquel castillo.

Desde entonces, el movimiento reaccionario de la contrarrevolución creció de manera prodigiosa en las antiguas provincias de Anjou y de Poitou, de suerte que a fines del mes de marzo de aquel mismo año, la capital del partido de Chantonay en la Vendée pudo ser asaltada y tomada por los insurrectos del país, como lo fue también la población de Saint-Fulgent, cabeza del partido de su nombre.

Pero como se acercaba la solemnidad de la Pascua, los campesinos levantados en armas se separaron para ir para cumplir cada cual en su respectiva parroquia sus deberes de buenos cristianos, y para aprovisionarse al mismo tiempo de pan, mudarse o remendarse los vestidos, y cambiar sus zuecos usados y rotos ya en la persecución de los azules, como ellos llamaban a los soldados de la república.

Llegado el mes de abril del mismo año 1793, el levantamiento realista-clerical, como entonces se llamaba, volvió a reproducirse, apareciendo de nuevo las partidas de mozos del *Marais y del Bocage*^[1] que se fueron reuniendo bajo las órdenes de Charette, de Bonchamps, de D'Elbée, de La Rochejaquelein, de Lescure y de Marigny. Muchos jóvenes de la nobleza bretona se unieron al movimiento y entre ellos uno de los más gallardos y valientes, de los más esforzados y mejores, el conde Humberto de Chanteleine, que abandonó su casa y sus estados para reunirse al ejército católico que entonces contaba ya con el respetable número de cien mil hombres.

El conde de Chanteleine, siempre en primera fila, fue desde el principio de la campaña y durante diez meses el verdadero vencedor en todas las victorias obtenidas por los de su bando, en Fontenay, en Thouars, en Saumur y en Bressuire, siendo sólo vencido en el sitio de Nantes, donde pereció el valiente Cathelineau. Las provincias occidentales de Francia no tardaron en sublevarse.

Entonces fue cuando se vio a los *blancos*, o realistas, caminar de victoria en victoria, y ni la pericia militar del general republicano Aubert Dubayet, ni el valor heroico del entusiasta Cléber, con los terribles soldados que había traído del sitio de Maguncia, ni las tropas del general Canclaux, pudieron resistir a su indomable ardor.

La Convención, espantada, ordenó arrasar y destruir el territorio vendeano, y expulsar su población.

El general Santerre pidió que se minara todo el país para hacerlo saltar entero, y que se hiciesen fumigaciones soporíferas con el objeto de asfixiar a todos los habitantes de aquella región.

Los soldados de Maguncia fueron los encargados de convertir en un desierto todo aquel territorio, según lo había decretado el Comité de Salvación Pública.

Cuando las tropas realistas tuvieron noticia de tan terrible resolución, se convirtieron en fieras: el conde de Chanteleine, que a la sazón se hallaba al frente de una división de 5000 hombres, se batió como un héroe en Doué, en el puente de Cé, en Torfou, y en Montaigu; pero al fin, sonó la hora de los reveses para su causa.

Lescure fue vencido, el día 9 de octubre, en Châtillon, y el día 15 del mismo mes, las tropas republicanas arrojaban a los vendeanos de la ciudad de Chollet y de las orillas del Maine. Algunos días después, el bravo Bonchamps y el terrible D'Elbée caían heridos de muerte; en vano fue que el entusiasta Marigny y el indomable Chanteleine hicieran prodigios de valor; pues las formidables columnas republicanas les seguían muy de cerca y los acosaban tenazmente; entonces no hubo más remedio que repasar el Loira, con un ejército fugitivo que aún contaba cuarenta mil hombres en bastante buen estado y dispuesto todavía a combatir.

Sin embargo, el río fue vadeado por los realistas con el mayor desorden y en medio de una gran confusión.

Chanteleine y los suyos consiguieron rehacer algún tanto, con su presencia, el ejército realista que a cuyo frente se hallaba La Rochejaquelein, que acababa de ser nombrado generalísimo; volvieron de nuevo contra los republicanos, que, a pesar de tener a su frente a un hombre como Kléber, no pudieron evitar que los *blancos* alcanzasen una gran victoria delante de la ciudad de Laval, en cuyo distrito habían nacido los cuatro hermanos Chuanes, que dieron nombre a la *chuanería* de la Vendée. Aquella victoria fue, no obstante, la última que tuvieron los realistas en tan sangrienta campaña.

Los *blancos* se hallaban desorganizados, y en vano Chanteleine empleó los más supremos esfuerzos para rehacer de nuevo el ejército realista; pero ni tenía el tiempo necesario, ni medios hábiles para ello.

El Comité de Salvación Pública de París acababa de nombrar general en jefe de las tropas republicanas del ejército de operaciones de la Vendée al enérgico Marceau, y este general perseguía a los realistas con tanta pericia y actividad. Que no tardó en obligar a La Rochejaquelein, a Marigny y a Chanteleine a replegarse sobre la ciudad de Mans, desde donde tuvieron que huir también para buscar un refugio en Lava, cuyo punto se vieron obligados a abandonar, encaminándose hacia la ciudad de Ancenis con el propósito de repasar el caudaloso Loira; pero desgraciadamente para ellos, no encontraron ningún puente, ni una sola barca que auxiliase su designio; de suerte que la masa fugitiva de paisanos se vio obligada a descender por la orilla derecha del río, y no pudiendo penetrar en la Vendée ni refugiarse en sus casas, no tuvo más remedio que arrojar-se a la desesperada sobre la Bretaña.

Su retaguardia pudo alcanzar algunas ligeras ventajas sobre las tropas republicanas que iban en su persecución, muy de cerca; ventajas que fueron las últimas de esta campaña, pues los realistas tuvieron al fin que diseminarse, ro-

tos y dispersos, en el territorio de Savenay por las orillas del Loira.

Considerándose Chanteleine irremediabilmente perdido, exclamó con resignación:

—¡Aquí es donde debemos morir! —Y se emboscó con un puñado de vendeanos, entre ellos Marigny, en dos bosquecillos próximos a Savenay.

A las pocas horas apareció Kléber al frente de la vanguardia del ejército republicano, y dispuso que tres compañías atacasen a los voluntarios que capitaneaban Marigny y Chanteleine, los cuales, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, se vieron obligados a abandonar los puestos que defendían y a encerrarse en la ciudad.

Entonces Kléber mandó hacer alto a su división, sin consentir que diese un paso hacia delante. En vano los jefes republicanos Marceau y Westerman trataron de obligarle a que atacase a los realistas: aquel célebre general quería dar tiempo al ejército enemigo para que se concentrase en Savenay, y por eso no se movió.

Colocó las tropas republicanas que mandaba en forma de media luna, y ocupando las alturas circunvecinas aguardó con calma la hora oportuna para acabar de una vez con el ejército de los *blancos*, destruyéndolos de un solo golpe.

La noche que siguió a aquel día terrible fue triste y siniestra. El desenlace fatal de aquella guerra fratricida se veía próximo.

Los jefes de los vendeanos se reunieron en concejo supremo. Ya nada había que esperar sino un postrer arranque de desesperación: sabían que no habían de obtener cuartel de sus implacables enemigos, y que sería en vano intentar una capitulación para salvar sus vidas: la fuga era imposible. No había, pues, más remedio que batirse, y en esta situación resolvieron tomar la ofensiva.

Al día siguiente, 23 de diciembre, señalado en el calendario republicano con el nombre de 3 nivoso del año 2.º de la República Francesa, al sonar en los relojes de la ciudad

las ocho de la mañana, los *blancos* se arrojaron denuedo sobre los *azules*, es decir, los realistas embistieron a los republicanos.

El tiempo era horroroso: una lluvia glacial caía a torrentes, una espesa niebla cubría aquellos pantanosos terrenos; el río Loira desaparecía bajo una densa bruma: el combate iba a tener lugar sobre charcos de lodo y en medio de la tormenta. Los vendeanos, aunque inferiores en número, atacaron desordenadamente a los republicanos, al grito de ¡Viva el Rey!

Los *azules* resistieron impávidos tan terrible acometida gritando ¡Viva la república!

El choque fue terrible: la vanguardia republicana retrocedió, después de un momento de combate, introduciendo el desorden de las primeras filas del ejército, desorden que llegó hasta el cuartel general. Las municiones empezaron a escasear; unos soldados republicanos gritaron, dirigiéndose a su general:

—¡Nos faltan cartuchos!

—¿Y qué importa? —contestó Cléber, blandiendo con decisión su espada—; cargad a la bayoneta y a culatazos.

Y lanzó contra el enemigo el batallón n.º 31, que obedeció sin titubear siquiera, la orden de su jefe.

La caballería se hallaba en su mayor parte desmontada, por carecer de caballos, como la infantería carecía de municiones; pero el general republicano improvisó con su Estado Mayor un escuadrón formidable, y poniéndose a su cabeza cargó a los vendeanos con tal denuedo, que nada podía detener a su arremetida.

Los *blancos* empezaron a vacilar, y pocos momentos después tuvieron que retroceder, ya destrozados, y replegarse de nuevo en torno de la ciudad, en donde lucharon aún con indecible denuedo.

Piron y Lyrot fueron muertos con las armas en la mano, y defendiéndose hasta exhalar el último aliento, como héroes.

Fleuriot, después de haber intentado en vano reunir sus dispersas bandas, se vio forzado a romper por entre el ejército enemigo, con un puñado de valientes que le seguían, para refugiarse en los bosques inmediatos a Save-nay.

Entre tanto, Marigny y Chanteleine luchaban con desesperación; pero las filas de sus bravos campesinos iban aclarándose de minuto en minuto, pus los muertos y los fugitivos dejaban en ellas grandes vacíos, que no era posible llenar.

Marigny, viendo la situación a que habían llegado, se volvió al conde de Chanteleine que combatía su lado como un héroe, y le dijo en voz baja:

—¡Todo se ha perdido!

El conde, que en aquel momento acababa de llegar junto a su amigo, después de haber abierto una brecha en el campo enemigo, era un hombre de más de cuarenta y cinco años de edad, de elevada estatura y gallardo continente; su aspecto, melancólico de ordinario, aparecía terrible en aquel momento; llevaba su rico traje roto y enlodado; con la mano izquierda empuñaba una pistola descargada, y con la diestra blandía un sable ensangrentado.

Al oír las palabras de Marigny, frunció el ceño y exclamó con energía:

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ya no hay medio de defendernos —contestó Marigny.

—Demasiado lo sé, pero ¿y esas pobres mujeres, esos tiernos niños, esos débiles ancianos que pululan por las calles de la ciudad? ¿Qué suerte les espera?... ¿Queréis que los abandonemos a la ferocidad de los enemigos?

—De ninguna manera; pero ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿A dónde llevarlos?

—Hacia Guérande —exclamó Chanteleine con resolución.

—Ve pues —dijo Marigny— y llévalos contigo.

—¿Y tú? —preguntó el conde.

—Yo me quedo para proteger vuestra retirada, y para retener a los republicanos con mis últimos disparos de cañón. Hasta la vista pues, Chanteleine.

—Adiós, Marigny.

Ambos jefes se estrecharon mutuamente las manos.

El conde corrió hacia la ciudad, y pocos momentos después salió por el lado opuesto, seguido de un largo cordón de gentes que huían de Savenay, y siguiendo la ribera del río.

Entre tanto, Marigny, encarándose con un grupo de campesinos que había quedado a su lado, gritó con energía:

—¡A mí los valientes!

La mayor parte de aquellos denodados partidarios le rodearon prontos a obedecer sus órdenes: Entonces, mandó que, arrastrando dos cañones de a ocho, de que aún disponían, los condujesen a una altura donde podía cubrir la retirada de los fugitivos, reuniendo allí los restos de su ejército.

Apenas llegarían a dos mil los bravos que habían sobrevivido a la matanza de los días anteriores; pero todos ellos se hallaban dispuestos a morir también, al lado de su jefe.

Sin embargo, sus desesperados esfuerzos fueron inútiles, y no pudieron resistir mucho tiempo las reiteradas acometidas a los republicanos que arrojaban sobre ellos masas imponentes de hombres.

Después de dos horas de lucha desigual y desesperada, en que hicieron esfuerzos sobrehumanos, los últimos restos de los *blancos* abandonaron su trinchera y se diseminaron por los campos.

En aquel terrible día, 23 de diciembre de 1793, dejó de existir el gran ejército realista de los vendeanos.

Capítulo II

El camino de Guérande

Una inmensa muchedumbre de hombres, mujeres y niños, sobrecogida de pánico, huía aceleradamente en dirección a la antigua ciudad de Guérande, como un torrente desbordado, por los pendientes senderos que conducen desde la ciudad de Laval a los valles, resbalando en los taludes de la carretera y avanzando con gran dificultad. Los heridos que acababan de combatir contra los republicanos dificultaban el paso de los últimos que habían abandonado sus hogares, entre los cuales iban algunos infelices horriblemente mutilados que dejaban de existir en medio del camino.

La confusión era espantosa; sin embargo, la ciudad quedó completamente evacuada en menos de una hora.

La resistencia que había puesto Marigny al violento ataque del ejército de la Convención, dio a los fugitivos el tiempo suficiente para recoger a los ancianos, mujeres y niños, y conducirlos al camino real, desde donde oían perfectamente el estampido del cañón que tronaba sobre sus cabezas, protegiendo su retirada.

Pero cuando cesaron los disparos de artillería, los blancos acogieron aquel desconsolador silencio con un verdadero espanto, pues supusieron que, no encontrando ya re-

sistencia, los *azules* no tardarían en lanzarse sobre ellos para destruirlos.

Pronto se realizó tan triste augurio: pocos momentos después de haber callado los cañones de Marigny, se divisaron a corta distancia las avanzadas republicanas, que no tardaron en alcanzar a los fugitivos y dispararon sobre ellos sus fusiles.

Muchos de aquellos infelices, inermes en su inmensa mayoría, caían atravesados por el plomo enemigo.

La pluma se resiste a pintar aquel cuadro desolador. La lluvia seguía cayendo a torrentes, en medio de una oscura niebla, iluminada a intervalos por la claridad de los relámpagos o de los fogonazos del cañón y de la fusilería republicana; el estampido del trueno se mezclaba con las detonaciones de la artillería: profundos charcos de lodo, enrojecidos por la sangre de los que caían heridos o sin vida, cubrían a trechos la vía pública.

Pero los fugitivos no tenían más remedio que seguir la carretera, pues la única manera de salvarse era continuar su marcha sin volver el rostro atrás: si se desviaban a la derecha, tropezaban con pantanos intransitables; por la izquierda les cerraba el paso el río, engrosado a la sazón por la lluvia y completamente desbordado.

No había, pues, más remedio que seguir la línea recta; y si algún realista desesperado hubiese tenido la intención, de perder la vida arrojándose al Loira, habría encontrado sus orillas cubiertas de cadáveres, procedentes de las ejecuciones en masa dispuestas en Nantes por el sanguinario Carrier.



Entre tanto, los republicanos acosaban de cerca de los fugitivos, cuya situación era más angustiosa a cada momento. Los heridos, los ancianos, las mujeres y los niños dificultaban su marcha. Los enfermos, así como los recién nacidos, sufrían el rigor de la tormenta.

El hambre y el frío aumentaban el rigor de sus sufrimientos.

Los animales domésticos, esto es, los carneros y las vacas que los *blancos* habían sacado de sus establos para llevarlos consigo, redoblaban aquella espantosa confusión, mezclando con el fragor del trueno y de la lluvia sus balidos y sus mugidos.

A veces se espantaban de los relámpagos, y, lanzándose a la carrera, atropellaban a las personas, abriendo brechas a través de los grupos, hiriendo a muchos de los que los componían y aumentando la confusión y el pánico.

En medio de aquella inmensa masa de gente, se confundían las clases y las edades; jóvenes señoritas de la rancia nobleza de la Vendée, de Anjou, de Poitou y de Bretaña, que habían seguido constantemente a sus padres y a sus hermanos en aquella guerra fratricida, compartían su peligro con valor heroico y, colocándose al lado de los escasos combatientes que protegían con las armas en la mano aquella funesta retirada, alentaban con su ejemplo a los *blancos*, y gritando de vez en cuando: ¡Fuego, vendeanos!, se ocultaban detrás de los jarales del camino y cruzaban el fuego de sus fusiles con las descargas de los republicanos.

Entre tanto se aproximaba la noche, aumentando con sus sombras el horror de aquellas escenas desconsoladoras.

El conde de Chanteleine, sin cuidarse de sí mismo para nada, acudía a todas partes, animando a los que empezaban a desfallecer; ayudando a salir del lodo a los que se habían metido en él; ofreciendo su apoyo a los heridos o a los que iban perdiendo sus fuerzas y comunicando su aliento a los que todavía empuñaban su fusil.

Temía que cerrase la noche, y, sin embargo, confiaba en que sus protectoras sombras harían desistir a los soldados republicanos de tan enconada persecución.

Pero al paso que obraba así, su corazón se desgarraba de dolor, viendo el cuadro que se ofrecía a sus ojos, a pesar que había tenido ocasión de contemplar muchos semejantes, en aquella guerra de diez meses en que había combatido sin descansar un solo día.

Al resonar el primer grito de insurrección en Saint-Florent, abandonó su castillo de Chanteleine, dejando en él a su esposa, a su hija, a sus deudos, a cuanto amaba en el